

Inauguración de la memoria: un lugar para nacer

Elizaberta López Pérez

RESUMEN

Se describen algunas experiencias desarrolladas en diferentes sesiones en dos talleres de arteterapia: el Taller de Arte y Pintura, una asignatura optativa del primer ciclo del programa que el Aula Permanente de Formación Continua de la Universidad de Granada dedica a los mayores de 50 años; y el taller de la Comunidad Terapéutica del Área Norte del Hospital Virgen de las Nieves de Granada, cuyos usuarios, enfermos de carácter crónico, en su mayor parte son pacientes esquizofrénicos.

Palabras clave: Arteterapia. Mayores. Enfermedad mental. Taller.

SUMARIO 1. Obertura. Invitación al baile. 2. Allegro moderato. El sonido interior. 3. Scherzo. El placer del juego. 4. Bibliografía

Inauguration of the memory: a place to be born

ABSTRACT

There are described some experiences developed in different meetings in two workshops of art therapy: the Workshop of Art and Painting, an optional subject of the first cycle of the program that the Permanent Classroom of Permanent Training, in Granada University, dedicates to persons 50 years old; and the workshop of the Therapeutic Community of North Area of Hospital Virgen del las Nieves, Granada, which users, patients of chronic character, are frequently schizophrenics.

Keywords: Art therapy. Major. Mental illness. Workshop.

CONTENTS 1. Oberture. 2. Allegro moderato. Inner sound. 3. Scherzo. The pleasure of playing. 4. Bibliography

Un grupo de personas espera fuera. Desde dentro puedo oír sus voces, conocidas y confortables, anunciando con su saludo la llegada de cada uno, de cada una. Aún no es la hora, pero hace frío, así que abro la puerta. Sus sonrisas amables iluminan el espacio. Un alumno camina, mucho antes de descubrir que sus pasos quedan impresos en el gran formato que se extiende a

sus pies. Va de acá para allá, seguido por un par de compañeras que inauguran el baile con él: las huellas de sus tacones, como una percusión precisa y discreta, marcan un itinerario en diagonal, mientras ellas, ajenas a su propia danza, elevan sus brazos a la vez para colgar su abrigo en el perchero.

El *Taller de Arte y Pintura* es una asignatura optativa especial, incluida en el primer ciclo del programa específico, que el Aula Permanente de Formación Continua de la Universidad de Granada dedica a los mayores de 50 años. Convoca a un buen número de alumnos/as en sesiones semanales de tres horas, que se extienden en este curso lectivo, desde el 20 de Octubre de 2005 al 30 de Mayo de 2006. La mayor parte de ellos/as llevan unos cuantos años asistiendo al taller. Nada les obliga a venir, tan sólo el compromiso personal consigo mismos/as; se saben piel del abrazo colectivo. Acuden así a nuestro lugar de encuentro; no el espacio entre las paredes del aula, sino el regazo sonriente de nuestras miradas, de la escucha, la nana de las palabras pronunciadas siguiendo el rastro de un trazo, una mancha, un nacimiento, una pérdida.

La actividad artística y los procesos creadores, dentro del contexto de un taller para mayores, abre perspectivas en la historia personal y colectiva. La vida, extendida en el tiempo como una línea continua, parece haber dejado atrás sus curvas más atractivas, su factura decidida hacia un punto. Texturas cálidas, llenas de energía, la vibrante prisa hacia cotas deseadas, esperando no sé qué fantasía de vuelo infinito, de zurcido feliz del hueco, colmado para siempre. Espera falaz que descubre que no hay cima, sino la línea implacable del tiempo que sigue y sigue, ahondando a veces con tanta intensidad sobre nuestra vulnerable piel, que abre agujeros irreparables. A fuerza de vivir, consentimos en seguir avanzando, sin tiempo para detenernos. Hay lugares hermosos que quedan atrás, anudados a un determinado instante donde quisiéramos instalarnos, pero la línea persevera y hemos de tomar el tren. Nos dejan, como lo hace el bello paisaje que logramos avistar hace unos momentos, kilómetros atrás. Sin embargo, lo que nos falta, nos abandona menos, ocupando nuestro equipaje, lleno de vacíos. Con frecuencia, nos reconforta mantener cerradas las maletas, cerrada la emoción para esquivar el abismo. Clausurando nuestra memoria, quedan también callados en la distancia los lugares felices. Preferimos “olvidar”, (aunque no hay lugar para el olvido), que formaron parte de nuestra historia, porque sabemos que no hay pasaje para volver, ¿o quizás sí?

1º. Obertura. Invitación al baile.

En el taller, el alumnado recibe encantado la propuesta. El soporte se hace por fin visible: es una superficie de papel de 10 m², extendida sobre el suelo y adherida a él. En sus márgenes, unas sencillas revistas sirven de improvisada paleta, donde impregnan las suelas de sus zapatos en polvo de tiza o de carboncillo, impacientes pinceles que esperan el comienzo de la música, para descubrir el itinerario que les marcará la danza sobre el papel. Como pisando nieve recién caída, o paseando por la piel tersa de arena que abandona la marea, los pies ligeros avanzan por el papel, divertidos y expectantes a sus propias huellas. Pero hemos de elegir pareja de baile, y acompañar nuestro ritmo al del cuerpo que se nos abraza. Nuestras huellas gemelas fundan un lugar nuevo, donde nadie aún había pisado.



En otro lugar, en otro tiempo, un grupo de pacientes mentales se sienta alrededor de la mesa de trabajo. Esto ocurre en la Comunidad Terapéutica del Área Norte del Hospital Virgen de las Nieves de Granada, un día de junio del año 2002. Los usuarios/as del taller de arteterapia padecen diversas patologías de carácter crónico; en su mayor parte son pacientes esquizofrénicos. El taller lleva algún tiempo abierto. Algunos/as toman sin dificultad sus tizas o pinceles; no es la primera vez que vienen. Pero hoy tenemos una nueva compañera, le llamaremos Ana. Una monitora del taller ocupacional viene a hablarme de ella. Dice que es una persona con un gran problema de comunicación, que se siente a menudo muy triste y que no quiere verbalizar nunca la razón de ello. Su desesperación, no obstante, consigue una vía de expresión que imprime marcas en su propio cuerpo: acostumbra a lanzarse contra el suelo con cierta asiduidad, lo que mantiene su rostro lleno de cicatrices. Me es encomendada precisamente porque manifiesta una angustia insoportable que es incapaz de verbalizar. La monitora comenta que es imposible ayudarla porque se niega a hablar. Incluso me ha dicho que sus facultativos han hecho algún intento mediante la pintura, pidiéndole que representara algo muy concreto (la familia), pero no se ha conseguido nada. Era todo un reto para mí, aún más cuando he podido constatar que se me derivaba el caso. Con este acto, se ratificaba la existencia de una posibilidad para ella en el taller de arteterapia: el acceso a una zona de su psique que desde la dinámica clínica oficial no se conseguía.

Ana no se atreve ni a coger el lápiz. Siente mucho miedo y no para de decir:

“¿Qué pinto, Dios mío? No puedo hacer nada, no puedo hacer nada...”

Le sugiero que sólo tome su lápiz y lo apoye en el papel. Este gesto simple nos cuesta a ambas un gran esfuerzo, a pesar de su disponibilidad, que no me pasa inadvertida. Mis palabras anticipan la experiencia como un acto transicional: Ana puede escuchar el relato de su sencilla acción antes de ejecutarla. Cuando al fin lo consigue, le invito a mover su mano. La primera línea surge después de un rato. Le felicito; ha dado un gran paso. No quiero que se agote, pero desea seguir adelante. Repitiendo la misma frase, repasa cuidadosa este primer camino. Se esfuerza en franquear el extremo de su línea, se frota la cara y empieza a temblar. Insisto en que es libre de parar. Pero no quiere dejarlo. Su lápiz desafía por fin el silencio de su formato, rasgando su vacío. Aún temerosa, avanza como si caminara por el desierto, pero mis palabras de aliento le acompañan. Observo que su ansiedad comienza a disminuir conforme dibuja. Su mano se hace firme; parece dirigirse hacia lugares concretos; sus palabras comienzan a definir estos lugares, acotan significados, invistiendo el sentido a los trazos incipientes. Ana encuentra metáforas de su sufrimiento, que llega a hacer explícitas verbalmente a lo largo de su proceso.

Ambas nos habíamos situado en el vértigo del papel en blanco. No sabíamos qué podía ocurrir, hacia donde nos llevaba el temblor de su mano, pero el sí mismo de Ana pudo unificarse en mi voz cada vez que su miedo la disgregaba, pudo reparar su contorno narcisista:

*“Yo querría destacar la existencia, más precoz aún, de un espejo sonoro o de una piel
audiofónica y su función en la adquisición, por el aparato psíquico, de la
capacidad de significar, y luego de simbolizar.”*

(Didier Anzieu, 1998,171)

De alguna manera, las palabras, más allá de su significado manifiesto, envuelven en su baño de sonidos los temores de Ana. Igualmente, la envoltura sonora de la música ofrece un espacio de sostén que acompaña nuestra pulsión, una piel confortable que transmite sus latidos y hace rimar nuestros pasos a su ritmo. En ambos casos, esta piel auditiva ha posibilitado ese primer signo, el primer punto sobre el pequeño formato de Ana o la primera huella de nuestros zapatos, comprometiendo el cuerpo y la emoción, que encuentran un lugar donde hacerse visibles. El espacio del papel donde dejamos un rastro aloja nuestra presencia: el lápiz de Ana señalaba un punto primigenio que, por este sencillo acto, se convierte para ella en un lugar para anidar.

2º. ALLEGRO MODERATO. EL SONIDO INTERIOR.

Transcurre el baile sobre el papel. El carboncillo y las tizas no lo tiñen demasiado, por lo que una alumna toma la iniciativa de volcar directamente los pigmentos, que reparte con las suelas de sus zapatos y el movimiento trepidante de su cuerpo. El color negro, hermoso en su abundancia, resuena un momento en la plenitud de los violines, pero la euforia del baile, y el pisoteo, termina por sumergirlo en el fondo. Culmina el último compás y nuestros/as danzantes se retiran a un tiempo. Las miradas recorren con avidez los vaivenes de las marcas, que parecen agitarse aún, como sus pechos, encendidos por el ritmo. Reposando en la quietud de cada detalle, el corazón se va acompasando al paseo detenido, que descubre, sin evitar la pesadumbre, las huellas perdidas en un fondo soñoliento de grises, los desgarrones inevitables, las arrugas y el silencio de algunas zonas. Como el equipaje abierto de nuestro recuerdo; el encuentro con la realidad que padecemos.

Despegamos la delicada alfombra, maltrecha entre nuestras manos cuidadosas, que la acomodan suavemente, como a un niño que llora, sobre la mesa de trabajo. La música, ahora mucho más apacible, no consigue aplacar la inquietud por recobrar las pérdidas. Los carboncillos vibran sobre el papel, apresurados, como queriendo recuperar el momento feliz del baile, pero obviando sus delicados restos, que casi se deshacen bajo la maraña. Se hace necesario detenerse de nuevo. La música se para y miramos en silencio qué ha ocurrido: la prisa por resolver lo inmediato vela el recuerdo, que se vuelve incómodo, ambiguo, gris. Intentamos tapanlo, pero no hay lugar para el olvido, palpita detrás de nuestros actos, nuestros pensamientos, surgiendo como fantasmas que enrarecen la percepción de nosotros/as mismos/as, como si nos llamaran desde la memoria, reivindicando un lugar que aún ocupan, entre las sombras de lo que creemos olvidado. No atender ese tiempo perdido, no salvar su huella es admitir su muerte, morir un poco a nosotros/as mismos/as y relegarlo a los sótanos de nuestra conciencia, para habitar únicamente en los sueños.



“Se trata pues (...) de incorporar a la experiencia este campo en sombras, esto “otro” que la vigilia, esta especie de réplica de la conciencia y que no es sino la súplica de todo lo vivido por llegar a ella. Y no hay otro modo de ganarlo para la experiencia sino abordando la validez de aquello que vaga fuera de ella, suplicante y amenazador.”

(María Zambrano, 2004,30)

El arte modifica la percepción del tiempo, que se inaugura para el reencuentro y la reconciliación con la memoria, con el instante suspendido, dentro de un espacio de contención donde es posible hacerse presentes y visibles. El alumnado camina ahora alrededor de la mesa, buscando imágenes internas que apenas se asoman en la espesura. Se deja ver, inesperadamente, un caracol, que protege en su concha la huella desgarrada de un tacón. Muy cercano, un camino flanqueado de árboles acompaña el lento caminar de una tortuga. Al amanecer, se descubre el puente arqueándose sobre el río; dos alumnas, poco después, estiran la estructura por un lado para desentumecer su cabeza de grulla, mientras el sol se recoge los rayos en un sombrero que lo convierte en niña. Por parejas, o en solitario, los carboncillos y las tizas desbrozan la maleza, febrilmente. Unas pocas palabras entre los/as alumnos/as que se encuentran en su camino, hacen más patente el silencio. Hace bastante rato que se acabó la música, pero el sonido interior es tan intenso que nadie ha reclamado su presencia.



La música, sostén del baile, ha posibilitado el despliegue de un tapiz colectivo. En un primer momento, envoltura del juego especular, del dibujo efímero de nuestros cuerpos en el espacio; pulsión destilada en huellas de zapatos. Sobre la mesa, en un segundo tiempo, hace resonar en nuestro interior, como un eco ignoto, imágenes sin tiempo, que juegan al escondite con las de otros y otras; imágenes íntimas y compartidas que adaptan su perfil al brillo de una flauta, a la rotundidad de las percusiones, al horizonte lejano de la orquesta.

3º. SCHERZO. EL PLACER DEL JUEGO.

Volvemos al espacio del taller de arteterapia de la comunidad terapéutica, para asistir a una sesión, distante en el tiempo, una mañana de mayo del año 2002. Desde el inicio del taller, un paciente deambula en sus alrededores, mirando desde fuera, sin atreverse a entrar. Le invito a menudo, pero siempre argumenta que “el juez no quiere”. La terapeuta me aclara que hace muchos años estuvo inmerso en un proceso judicial, acusado de matar a un familiar. Para él, to-

das estas circunstancias siguen tan actuales como si aún tuviera que comparecer en el juzgado. Ella añade que rechaza todo aquello que puede proporcionarle algún placer. En esta ocasión, le ofrezco sentarse con el grupo, aunque no dibuje. Esto no parece inquietarle, así que sonrío y se sienta a mi lado. Poco a poco, va interesándose por lo que se estaba haciendo allí, pero insiste en que él no sabe. Le contesto que no es necesario saber nada, que un simple garabato puede sorprendernos, pues sus líneas con frecuencia esconden dibujos que podemos desentrañar. El reto de “descubrir el dibujo oculto” le provoca, e inesperadamente, pide un rotulador.

Hace un garabato muy rápido, y se me queda mirando. Se ríe y dice:

“Pero... ¡Si esto no es nada!”

Le insisto para que mire bien. Después de un rato de dudas, dice que un ángulo formado por un quiebro de una línea parece la cabeza de un pato. Se pone muy contento. Envalentonado por su éxito, dice que por la parte izquierda hay una pera. Le insto a que termine de dibujar lo que quiera del pato y la pera. Comienza a repasar con cuidado, añadiendo líneas para definir mejor el animal descubierto. Cada vez más contento, repite:

“¡He pintado un pato!, ¡Un pato y una pera!”

Manifiesta, tras la producción de esta imagen, una alegría inusitada. Una parte de su sí mismo, invisible desde su lugar de objeto, comparece por fin ante él. Por un momento, no ha esperado la sentencia del “juez”. Dentro de su imagen es él quien decide, es él quien resuelve sus propias imágenes internas, quien les da luz fuera de la celda de su emoción maniatada. No sabré nunca el significado preciso de su imagen; jamás lo verbalizó, pero sí de su entusiasmo, como si hubiera recobrado una parte de sí que andaba perdida.

En ambas imágenes quedan registrados los restos del juego. Como los juguetes esparcidos por la habitación, han sido testigos del ensayo de vida, de la vivencia de tiempos pasados, presentes o futuros, quizás imposibles. En el acto creador podemos acceder a aquellos lugares que quedaron por el camino, el paisaje que nunca llegamos a conocer; sin miedo, pues el arte nos proporciona un espacio seguro que, como la mirada materna, permite su actualización. Winnicott acude a iluminarnos con su estrategia de juego, para aliviar la tensión de vincular la realidad interna con la externa, proporcionando una zona intermedia de experiencia.

“En el juego, y sólo en él, pueden el niño o el adulto crear y usar toda la personalidad, y el individuo descubre su persona solo cuando se muestra creador.”

(Donald W. Winnicott, 1996, 80)

Trabajamos así, tanto en un espacio como en otro, con una variante de su “juego del garabato”. El juego, y la música como sostén, en un contexto de educación artística, tanto como en el terapéutico, derrumban la coraza de resistencias, haciendo fluir la emoción, auténtico material del proceso creativo. Repasamos nuestra historia, renaciendo en la vivencia de lo que creíamos perdido para siempre. El acto creador recupera el diálogo interior del ser que se adentra en su humanidad para volver a nacer en un tiempo inaugural.

“Con palabra y acto nos insertamos en el mundo humano, y esta inserción es como un segundo nacimiento, en el que confirmamos y asumimos el hecho desnudo de nuestra original apariencia física.”

(Hanna Arendt, 2005, 206)

El taller, espacio físico y emocional, se convierte en sostén confiable que sintoniza con cada realidad, donde ya no sólo trabajamos desde lo que hemos sido, con todo aquello que perdimos, sino desde lo que somos y estamos dispuestos/as a ser. Los pensamientos y los sentimientos hallan un lugar para su expresión: el objeto artístico, que trasciende su valor como producto para convertirse además en registro del proceso, en objeto transicional que se sitúa entre docente y alumno/a en un espacio potencial de comunicación vinculado al juego. Con la emoción como vehículo fundamental, y el propio cuerpo-testigo como soporte, docentes y alumnado se engarzan a la vida.

Bibliografía:

- ANGELI, F. *Arte terapia. Esperienze di un corso di formazione*. Franco Angeli Libri. Milán, 1987.
- ARENDRT, H. *La condición humana*. Ed. Paidós. Barcelona, 2005.
- ARNHEIM, R. *Arte y percepción visual*. Ed. Alianza Forma. Madrid, 1992.
- AZPEITIA, M., BARRAL, M. J., DÍAZ, L. E., GONZÁLEZ CORTÉS, T., MORENO, E., YAGO, T. (eds) *Piel que habla. Viaje a través de los cuerpos femeninos*. Ed. Icaria. Barcelona, 2001.
- BASS, E. y DAVIS, L. *The Courage to Heal*. Cedar. Londres, 1988.
- BIRULÉS, F. (AAVV) Hanna Arendt. *El orgullo de pensar*. Ed. Gedisa S.A. Barcelona, 2000.
- BOFILL, P. y TIZÓN, J. L. *Qué es el psicoanálisis*. Ed. Herder, Barcelona, 1994
- BORRÁS, L. *Escenografías del cuerpo*. Ed. Fundación Autor. Madrid, 2000.
- CASE, C. and DALLEY, T. *The Handbook of Art Therapy*. Tavistock/ Routledge. London, 1992.
- CAÑAMARES, J. M., CASTEJÓN, M. Á., FLORIT, A., GONZÁLEZ, J., HERNÁNDEZ, J. A. y RODRÍGUEZ, A. *Esquizofrenia*. Ed. Síntesis. Madrid, 2001.
- DALLEY, T. *El arte como terapia*. Ed. Herder. Barcelona, 1987.
- DAVIS, F. *La comunicación no verbal*. Ed. Alianza. Madrid, 1998.
- FAUSEK, D., BA, ADC, *A practical guide to Art Therapy groups*. The Haworth Press. New York, 1997.
- FIORINI, H. *Nuevas líneas en psicoterapias psicoanalíticas: teoría, técnica y clínica*. Ed. Psimática. Madrid, 1999.
- FREUD, S. *Obras completas*. Ed. Orbis S.A. Buenos Aires, 1993.
- FROMM-REICHMANN, F. *Psicoterapia intensiva en la esquizofrenia y en los maniaco-depresivos*. Ed. Lumen · Hormé. Buenos Aires, 1994.
- JUNG, C. G. *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1999.

- KLEIN, M. *Obras completas*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1980.
- KRISTEVA, J. *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis*. Editorial Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires, 2001.
- LACAN, J. *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1995.
- LACAN, J. *Seminario IV: La relación de objeto*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1996.
- LANDGARTEN, H. *Adult art psychotherapy*. Brunner/ Mazel. New York, 1991
- MAKIN, S. R., *Therapeutic Art Directives and Resources: Activities and Initiatives for Individuals and Groups*. Jessica Kingsley Publishers. London, 2000.
- MALCHIODI, C. A. *The Art Therapy Sourcebook*. Lowell House. Illinois, 1998.
- MATOSO, E. *El cuerpo, territorio de la imagen*. Ed. Letra Viva. Buenos Aires, 2003.
- ROBBINS, A. *The artist as therapist*. Human Sciences Press. New York, 1987
- SILVERSTONE, L. *Art Therapy. The Person-Centred Way. Art and the Development of the Person*. Jessica Kingsley Publishers. London, 1997.
- SIMON, R. M. *Symbolic images in Art as Therapy*. Londres, Routledge, 1997.
- SLIMOBICH, J. L., CRUZ, F., DURO, M., LEVY, B. *Lacan: amor y deseo en la civilización del odio*. Ed. Universidad de Granada, 2004.
- W. WINNICOTT, D. *Colloqui terapeutici con i bambini*. Armando Editore. Roma, 1994.
- W. WINNICOTT, D. *El hogar, nuestro punto de partida*. Paidós, Buenos Aires, 1993.
- W. WINNICOTT, D. *Realidad y juego*. Ed. Gedisa. Barcelona, 1966.
- WALLER, D. & MAHONY, J. *Treatment of Adiction. Current Issues for Arts Therapies*. Ed. Routledge. London, 1999.
- ZAMBRANO, M. *Los sueños y el tiempo*. Ed. Siruela. Madrid, 1998.